

El profesor que hablaba con los árboles¹

Andrés Esteban Acosta

andres.acostaz@udea.edu.co

Charlando soy feliz, la vida es breve...
Luis Rubinstein. Charlemos (tango).

¹ En recuerdo del profesor José Jairo Alarcón Arteaga (1949-2018).

² Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* (Madrid: RAE, 2004).

³ Ibid.

⁴ Ibid.

Antes de la clase, José Jairo se sienta en una de las jardineras, bajo la ceiba. Faltan veinte minutos para las ocho de la mañana. Agita su café y mira la biblioteca. Habla para sí. Acomoda sus gafas y hace una mueca de sorpresa. A su lado una edición de *Don Quijote* y una carpeta con fotocopias. Ya los primeros rayos del sol le pegan de costado. Se detiene en el cambio del reflejo de la luz en el suelo. Se para y acomoda su chaqueta. Le da la cara a la ceiba y vuelve a hablar para sí, con frases cortas. Da unos pasos y se devuelve, otra vez la ceiba está ante sus ojos. Retoma las palabras, junta sus manos cerca del pecho. Observa su reloj, arruga el vaso del café y emprende camino con la mirada en el piso.

Llega cinco minutos antes y deja la puerta abierta. Camina de un lado para el otro. Le da golpecitos a la madera de las sillas como si anunciara la presencia de sus estudiantes, que empiezan a llegar rozando la hora de inicio. La clase transcurre entre lecturas, comentarios y teatro. El profesor lanza su libro contra el suelo como muestra de efusión: la pasión es su fórmula natural para enseñar y atraer la atención. Lo recoge con un movimiento rebelde; se sienta, cruza las piernas y descarga su versión del cuarto centenario de *Don Quijote de la mancha*. Es su *Quijote*, con marcas personales: algunos números de páginas están encerrados en círculos con un lapicero de tinta mojada azul o con un marcador naranja, otros párrafos están señalados por líneas zigzagantes o destacados con puntos, flechas y aprobados; también se ven comillas, palabras subrayadas y signos de exclamación.

Eso que aparece con una marcación de color o signo, es lo que reconoce asunto de pausa y reflexión. Un principio de escritura autónoma que define el sentido del libro en el prólogo: "... no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas..."². Un verso contundente de la canción de Grisóstomo, en capítulo XIV de la primera parte: "En todo hay cierta, inevitable muerte..."³. O el consejo de don Quijote, en la galería de la enamorada Altisidora, a modo de consuelo para quien padece el desengaño: "... que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados"⁴.

La clase es intensa, tiene un ritmo propio. No es una clase habitual. A José Jairo lo que menos le interesa es una clase como tantas otras. Duda de la reproducción de las ideas en la filosofía. Duda de una interpretación única de la literatura. Cree, en cambio, en que las vidas particulares abren caminos de comprensión. Cree en la intimidad, en leer con toda la carga emocional propia, con el saber adquirido, con el deseo y la frustración de cada día.

Se ríe y hace reír. Imita al Quijote malherido y enamorado, conversando con Sancho para reinventar el mundo mientras caminan. Los estudiantes se ríen, no están habituados a un profesor que enseña el valor filosófico de la literatura mostrando con tanta realidad al personaje. Imita también a Tomás Rodaja, el personaje del *Licenciado vidriera*, para exponer la fragilidad y la imaginación en el estado de locura:



Imagínese el desdichado que era todo de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque le quebrarían: que real y verdaderamente él no era como los otros hombres: que todo era de vidrio de pies a cabeza⁵.

Los textos se leen en la clase. Los comentarios son de todo tipo: analíticos, comparativos, anecdóticos. El profesor escucha y camina. Se detiene en la ventana que, desde un tercer piso, permite ver la jardinera que divide los bloques de ingeniería. No le gusta el exceso en sus comentarios, el derroche, pero tampoco calla a sus estudiantes. En el respeto está la actitud primera del aprendizaje. No le gusta el poder. Es más bien un amigo del conocimiento que sabe propiciar el pensamiento para el diálogo.

Dirige los momentos de la clase. En ocasiones, imita el sonido de un timbre para marcar que se pasa de un tema a otro. De una carpeta azul saca nuevas fotocopias y las reparte. Cuando las cosas van de capa caída, alza la voz y cita un pasaje que convoque el diálogo. En filosofía se piensa una y otra vez en algo para volverlo siempre diferente y renovado. "¿Qué es la soledad para ti? ¿Qué entiendes por el deseo? ¿Cómo amas? ¿Qué valor le voy a dar en mi vida a la duda?". Sus preguntas son directas, pero no espera respuestas biográficas. Le interesa el esfuerzo en el pensamiento y, para esa tarea, qué mejor forma que las preguntas que ponen en jaque a una persona. "No

me responda, piénselo bien. Tómese su tiempo", dice.

Una de las copias es de "Tabaquería", de Fernando Pessoa. El profesor reparte la palabra y los estudiantes van leyendo en voz alta según su turno. "Volvamos a empezar, por favor. Sienta más el poema". Lo que quiere es que el poema transmita, que deje una impresión, que no sea una lectura más de clase que se olvida.

Hoy estoy perplejo, como quien pensó y encontró olvido.

Estoy hoy dividido entre la lealtad que le debo

a la Tabaquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera

y a la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.⁶

Luego, un salto al deseo, el elemento primero de toda actividad humana, la estructura básica que nos revela en términos de pasiones. Con precisión, va a su memoria y en pocos segundos encuentra las palabras adecuadas. Son de José Manuel Arango, un poeta de su aprecio, para dimensionar la inmensidad de la caricia como comunicación total del cuerpo. La última copia de la clase está reservada a tres poemas de Arango, entre ellos este:

píntate los senos
de achiote y negro

nos amaremos
en el mediodía amarillo
como en un desierto

en la raya del alba
como en la frontera de dos reinos.⁷

Se lleva las manos a la cabeza y grita "¡Nooo!". Es un gesto característico, una advertencia que le deja a sus estudiantes: "Pongan cuidado, esto es importante. Puede que les dé una idea de la belleza, del deseo". Los discursos largos se le convierten en trampas para aparentar dominio y poder en el conocimiento. Prefiere impactar, llegar por una vía directa: frases cortas, análisis concretos, tonos de voz o representaciones de la literatura.

La vitalidad cede y la clase llega a su fin. Es normal luego de un bloque de cuatro horas. Los estudiantes salen. Unos se despiden y

⁵ Miguel de Cervantes, *El licenciado vidriera* (Barcelona: Austral, 2015).

⁶ Fernando Pessoa, "Tabaquería".

⁷ José Manuel Arango, "Signos".

agradecen. José Jairo está sentado mirando una de las paredes del salón. Piensa y suelta algunas palabras. Algunos de sus gestos dibujan una desesperación natural, otros; lo revelan satisfecho y asombrado. Toma el material y retoma el camino hasta su oficina.

El mediodía soleado privilegia las sombras. Se detiene debajo de los árboles antes de cruzar la zona de la fuente. Allí, de nuevo habla solo. Lo saludan con afecto. “Ese Jairo...”, dicen los más conocidos, luego de darle el saludo. Avanza unos pasos y se detiene otra vez. Mira la fuente, el museo... el teatro. La Universidad de Antioquia es su vida. Cruza ese tramo de calor sin resguardo de la sombra con sus libros en la mano y con su chaqueta beige colgando de un hombro.

...

Por la tarde, José Jairo está en su oficina preparando materiales de lectura. Organiza su escritorio y guarda los documentos que usó en clase, en carpetas separadas por cursos, conservando las copias sobrantes para un próximo semestre. En un radio viejo suena *rock* en Cámara FM. Lo tiene nada más como música de fondo. Consciente de esto, lo apaga y pone en el reproductor un CD de Ginamaría Hidalgo: *Pedacito de cielo* y el resto de la lista:

Los años de la infancia
pasaron, pasaron...
La reja está dormida de tanto silencio
y en aquel pedacito de cielo
se quedó tu alegría y mi amor.
Los años han pasado
terribles, malvados,
dejando esa esperanza que no ha de llegar
y recuerdo tu gesto travieso
después de aquel beso
robado al azar...⁸

Acomoda una copia, más bien regular, de *La meditación del filósofo* de Rembrandt. El clavo no caza con exactitud en la pared, así que cada tanto hay que acomodar su posición. En su escritorio están los libros de las siguientes sesiones de los cursos. Empieza por Spinoza, la *Ética*, una edición de Atiliano Domínguez, maltrecha por las emociones que emergen en el aula y por

las manos que tantas veces han retomado pasajes y párrafos enteros. “Leo la *Ética* porque me sirve para la vida”, ha dicho a propósito del estudio de Spinoza. Así vive la filosofía, como una forma de comprenderse más, con sencillez y humildad ante el eterno misterio de vivir.

La oficina está en el cuarto piso del bloque doce. De fondo, los estudiantes de música practican con sus trombones. La tarde es puro calor. José Jairo sigue línea a línea los párrafos. Subraya sobre lo subrayado, hace señas en los costados de las hojas. El libro releído, estudiado con esmero por años, sigue despertando el interés de la novedad, de la frase que cobra sentido por las vivencias recientes, como la idea sobre el lugar central del deseo:

Aquí entiendo, pues, con el nombre de deseo cualesquiera tendencias del hombre, impulsos, apetitos y voliciones, que, según la diversa constitución del mismo hombre, son diversos y no rara vez tan opuestos entre sí que el hombre es arrastrado en diversas direcciones y no sabe a dónde dirigirse.⁹

O la tarea de superar, a través de la razón, el sometimiento a los afectos. Es el llamado a la autonomía y al entendimiento de nuestra capacidad afectiva:

A la impotencia humana de moderar y reprimir los afectos le llamo esclavitud; pues el hombre que está sometido a los afectos, no se pertenece a sí mismo, sino a la fortuna, de cuya potestad depende de tal suerte que muy a menudo, aun viendo lo que le es mejor, se ve forzado a seguir lo peor.¹⁰

En una hoja, al lado de los libros, toma notas cortas y construye preguntas para dialogar en clase. Su letra es cursiva. El bolígrafo tiene una marca con el nombre Universidad de Antioquia, al lado del escudo, el mismo que tiene en el pecho de la camiseta, en un bordado verde oscuro que resalta con el fondo blanco del resto de la tela.

Guarda la *Ética*. Organiza en una carpeta las copias. Baja el volumen del reproductor y cambia el CD por uno de Ignacio Corsini, su voz preferida. Entre los libros saca *La hojarasca* y un cuento de Rulfo, “Diles que no me maten”, para el curso de Filosofía y literatura. También, de su maletín de



⁸ *Pedacito de cielo* (vals). Música: Enrique Francini / Héctor Stamponi. Letra: Homero Expósito.

⁹ Baruch Spinoza, *Ética*, Tercera parte (Barcelona: Editorial Trotta, 2000).

¹⁰ Baruch Spinoza, *Ética*, Cuarta parte (Barcelona: Editorial Trotta, 2000).



mano, saca una copia de un libro de Miguel Delibes, que está leyendo con un grupo de amigos para una tertulia mensual en el centro.

Esta vez no marca los libros como sí lo hace con *El Quijote* y la *Ética*. Utiliza adhesivos de colores y sutiles subrayados con marcador. Es devoto del inicio de *La hojarasca*, conoce el comienzo de memoria y dice que ahí está la gran literatura:

De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos: rastrojos de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil. La hojarasca era implacable. Todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario, olor de secreción a flor de piel y de recóndita muerte. En menos de un año arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma, esparció en las calles su confusa carga de desperdicios. Y esos desperdicios, precipitadamente, al compás atolondrado e imprevisto de la tormenta, se iban seleccionando, individualizándose hasta convertir lo que fue un callejón con un río en un extremo y un corral para los muertos en el otro, en un pueblo diferente y complicado, hecho con los desperdicios de los otros pueblos.¹¹

Con las labores cumplidas, cierra los libros, los deja uno encima de otro, apaga el computador y toma su chaqueta. Revisa que no le quede nada. Su rumbo es el centro, un bar de tangos: el Homero Manzi. Es bohemio desde los días de juventud en Manizales. Dice que no le cuesta la soledad, pero algo de su carga penetra en su firmeza. Le gusta habitar el centro desde los días de su llegada a Medellín, en la década de los setenta, una ciudad que todavía sentía el ánimo rebelde de los nadaístas. Habla de esa Medellín, así como habla de Manizales. Es un hombre ciudadano, de los cafés y los lugares de tertulia.

Baja las escalas del bloque. Revisa que sus tenis Venus blancos hayan quedado bien lustrados. Cuenta el dinero y lo separa. Se despide de las secretarias y baja hasta el primer piso. Compra un tinto y conversa

con un estudiante cercano que le pide su opinión sobre Rogelio Echavarría. Leen algunos poemas de una edición amarillenta del Instituto Colombiano de Cultura:

Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío,
llenas de gentes como árboles
batidos por oscura batahola.¹²

José Jairo recuerda a Echavarría, de él conserva la antología en dos tomos que el poeta hizo de la poesía colombiana. Con certeza en sus palabras, comenta: “necesitamos la distinción de la poesía para vivir”. Recibe una llamada y se despide de la mesa. Faltan pocos minutos para las cinco. Camina en dirección al bloque once. Otro pensamiento lo aborda. Se queda mirando un búcaro de tronco grueso que es más alto que los bloques. Habla para sí o le habla al árbol. Parece que se va, pero detiene su andar. Vuelve la mirada al árbol, con las manos atrás, como cumpliendo un deber. Algo le ha faltado, tiene que decirse algo más, un asunto pendiente de la jornada, o un pensamiento sobre la soledad, o la cita de un libro que le viene de golpe, o el poema de Echavarría que vuelve en otros versos: “son un largo gemido / todas las calles que conozco”. O un tango que dice, con mucha nostalgia, “Buenos Aires del cuarenta”; o el recuerdo de infancia del sonido del ferrocarril entrando a la estación Manizales, o simplemente el deseo de ser íntimo con los árboles. ■

¹¹ Gabriel García Márquez, *La hojarasca* (Barcelona: Penguin Random House, 2014).

¹² Rogelio Echavarría, “El Transeúnte”.